

EL COMERCIO.

Año XXXV.

Viernes 17 de Agosto de 1877.

Núm. 12,282

CADIZ 17 DE AGOSTO.

Dadme una buena política y os daré una buena Hacienda, decía el barón de Louis, y esta conocida frase que ha sido tan traída y tan llevada en las discusiones de la prensa y de la tribuna sirve ahora de tema á un apreciable colega de Madrid, para discurrir sobre cual de las diferentes políticas que sostienen aquí los partidos militantes, será mejor para resolver convenientemente los problemas económicos y financieros del día y dotar de una buena Hacienda al país.

No creemos que esto pueda ofrecer ningún género de duda. La Hacienda ha prosperado siempre con el orden y ha decaído siempre con la revolución. La política, pues, que nos traiga y nos afirme y consolide el orden, es la base más sólida para fundar una buena Hacienda, y por el contrario, la política que de un modo ó de otro, por caminos torcidos ó derechos, nos lleve á la revolución, nos lleva necesariamente á la decadencia de la Hacienda y de cuantos intereses públicos y privados con ella tienen relación.

La cuestión, considerada bajo este punto de vista, nos parece clara, sencilla y tribal. Habrá quien, prefiriendo el bien estar que pueda traer la política al que haya de dar la administración, impulse y favorezca el desarrollo de las ideas revolucionarias, aun á sabiendas de que por ellas y con ellas ha de resentirse gravemente, en materias financieras, el crédito del Estado; pero no habrá seguramente quien sostenga de buena fé que la revolución es una garantía de adelanto ó de progreso para la Hacienda.

No hay mas que comparar la situación de la Hacienda española en 1868 con la que tenía al restablecerse el orden público, despues de restaurada nuestra monarquía constitucional, para comprender de qué manera y hasta qué punto la influencia de la revolución arruina las rentas públicas, y crea necesidades nuevas, y aumenta considerablemente los gastos, y obliga á abusar del crédito, y abre la puerta á negocios usurarios y leoninos, acercándonos paso á paso, y con rapidez pasmosa, al desastre de la bancarota.

Pero no por esto ha de creerse que la buena política de que hablaba el barón de Louis es aquella que, condeñando enérgicamente las ideas revolucionarias, se contenta con proclamar, en principio, el orden, como síntesis ó compendio de los propósitos y aspiraciones de los poderes públicos. Un gobierno que viva en guerra constante con enemigos poderosos, armados espresamente contra él, que necesite dominar y vencer motines ó insurrecciones frecuentes, que no pueda, por esto mismo, consagrarse de lleno á las pacíficas tareas de la administración, y que en las tormentosas vicisitudes de su azarosa existencia ofrezca el temor fundado de un cataclismo posible para el día que menos se espere, será indudablemente un gobierno de orden, que ame el orden con ardimiento, que á la defensa del orden consagre todas sus fuerzas y todos sus recursos; pero ese no es el orden verdadero, el orden moral y material, estable y fecundo, que dá crédito á la política de un gobierno y la permite ser la base firme y segura de una buena Hacienda y de una buena administración.

El orden es la paz que garantiza todos los intereses legítimos, es la libertad que ampara todos los derechos legales, es la fuerza del sentimiento público que aísla á todas las minorías facciosas, es la estabilidad que se impone sin violencia y desarma sin esfuerzo á los mismos enemigos de lo existente. Producir ese orden en las regiones oficiales y en las esferas de la oposición, llevar con él la tranquilidad á todos los ánimos, generalizar el convencimiento de que no hay por venir para los partidos sino en las luchas de la legalidad y á la sombra de las instituciones, tal debe ser el fin de toda buena política, que merezca llamarse así y servir de fundamento á la buena gestión de los negocios públicos.

Y ese es precisamente el orden que venimos aquí estableciendo con firmeza y perseverancia, y que explica la fuerza de la situación actual y la inutilidad de los esfuerzos que se han hecho para derribarla, como explica también la mejora paulatina, pero constante, de nuestra Hacienda, que ha dejado ya de ser un caos para dar lugar á la esperanza de un próspero porvenir.

El país ha proporcionado al gobierno los medios de plantear una buena política, y el gobierno en cambio dará al país una buena Hacienda, que ambas cosas se relacionan íntimamente y la una es consecuencia natural de la otra.

Llamamos la atención de nuestros lectores hácia las noticias que damos en a reseña del correo sobre la cuestión de orden público.

Las cuestiones relativas á la reforma arancelaria siguen por muy buen camino. La prensa francesa reconoce ya la justicia de nuestro procedimiento y pide un convenio. Hé aquí el telegrama que publica *El Imparcial*:

«PARIS 13 (8⁵ de la noche. Recibido en nuestra redacción á las 2 h. y 10 m. de la madrugada del 14). El periódico *L'Estafet* publica hoy el segundo artículo dedicado al examen de la situación comercial entre Francia y España. Llama monstruosas á las condiciones establecidas por Francia á la importación de artículos españoles, añadiendo que aquellas equivalen á cerrar las puertas al comercio de España.

En prueba de ello, hace un examen comparativo de los derechos aplicados á los productos españoles y los señalados á los de otras naciones favorecidas. En su consecuencia, el periódico de Mr. De Troyat pide que la Francia librecambista proscriba tales enormidades; califica de absurdas las prohibiciones de varios artículos españoles; se declara partidario de la supresión del recargo de 4 por 100 establecido en 1873, y atribuye á esta conducta de Francia las medidas adoptadas ahora por España á manera de represalias.

El *Economiste Français* aboga también por que se aplique la cláusula de la nación más favorecida.

El *Moniteur* publica una carta de Madrid en la cual se asegura que las bases propuestas por España para un contrato son: acuerdo recíproco del trato de la nación más favorecida, extensivo á la exportación, importación, tránsito, navegación, embarque, desembarque y consumos; ratificación del art. 1.º del convenio de 1865, anulándose los restantes; reglamentación del comercio por el Bidasoa; libertad mútua de pescar en las costas de ámbos países, salvo los derechos recíprocos de aduanas y reglamento para vigilar el contrabando.»

El Pabellón Nacional hace constar que en todo lo dicho por *El Imparcial*

respecto á la reunion que celebró el Sábado último la junta directiva del partido moderado-histórico no hay la debida exactitud en el fondo y añade:

«Respecto del suceso importante á que se alude, (el del matrimonio régio) el partido moderado-histórico no tiene, ni ha tenido, ni tendrá nada mas que un criterio, y este criterio está dentro del amor profundo é inquebrantable que profesa á la dinastía.»

Estas palabras coinciden completamente con las de *La Lealtad Española* que dice así:

«Pero ¿y el partido moderado? se nos dirá, ¿qué piensa el partido moderado? El partido moderado piensa que es dinástico, ama al rey y pide á Dios con toda la efusión de su alma que derrame la dicha en la familia que D. Alfonso XII haya de constituir.»

El Imparcial publica la siguiente noticia:

«Entre las personas que han tenido la honra de acompañar á S. M. en el trayecto comprendido entre Gijón y Mieres, se cuenta el Sr. Posada Herrera, que ocupaba en el wagon real un asiento inmediato al del régio viajero. Sr. Posada Herrera tuvo, pues, ocasión de conversar, por espacio de una hora, con S. M. el Rey, que le dispensó inequívocas muestras de su particular aprecio; pero en aquella estensa conversacion el Sr. Posada Herrera debió asimismo persuadirse de que las deferencias del monarca estaban desprovistas de intención política, pues en este punto no parece que S. M. diese motivos para que el Sr. Posada manifestase sus opiniones.»

Y en otro lugar añade nuestro colega:

«A juicio de varios centralistas que no han abandonado á Madrid, la conferencia que celebraron en Gijón los Sres. Cánovas del Castillo y Posada Herrera tuvo verdadera importancia, porque definió perfectamente la actitud del último respecto á la situación política que dirige el primero.

Tal vez el artículo de *El Diario Español* pueda considerarse como complemento de la anterior noticia.»

El artículo de *El Diario Español* es condicional y por consiguiente no deben atribuirsele tendencias y exclusiones que no tiene.

Ha dicho *El Cronista*:

«Hoy se aseguraba que los constitucionales acudirán á las Cortes á discutir el proyecto de ley de capitulaciones matrimoniales, y que desde ahora no ocultarán su completa aprobación al matrimonio de S. M. el rey con la infanta doña Mercedes.»

Y contesta *La Iberia*:

«Lo único que podemos decir al colega ministerial, es que cuando nuestros amigos políticos, impulsados por gravísimos móviles, adoptaron la actitud que hoy observan, se propusieron atemperarse á la decisión de su partido, para lo cual se consultó á los comités provinciales. Hasta tanto que la Junta directiva se reunía y acuerde, en vista del resultado de la consulta de que hablamos, lo que estime mas procedente, pierden el tiempo en tanto atribuyen propósitos en un sentido ó en otro á los dignos representantes que el partido constitucional tiene en el Parlamento.»

Son compatibles ambas versiones segun hace observar *La Epoca*; nada mas natural que sea la Junta directiva de los constitucionales la encargada de resolver sobre el asunto: nada mas natural que resuelva lo que *El Cronista* ha indicado y que aconsejan el patriotismo y el respeto.

Todas las noticias que se reciben de

la Habana están conformes en asegurar que, con los refuerzos que el gobierno prepara, la insurrección de la isla de Cuba sufrirá á últimos de año el golpe de gracia.

A pesar de los rigores de la estación, la menos favorable para las operaciones militares, nuestros soldados no han cesado de acosar al enemigo, obligándole á fraccionarse, y siendo causa de que muchos se presenten y de que otros hayan caído prisioneros.

La política de atracción, combinada con una persecución incesante, está dando resultados tan brillantes como sólidos, segun reconoce *La Mañana* con gran satisfacción nuestra.

Quiera Dios que el tiempo y los esfuerzos de nuestros infatigables soldados, hábilmente dirigidos, vengán á realizar estas esperanzas.

Dice *La Nueva Prensa*:

«Solo la democracia, si viene al poder sin compromiso alguno con los conservadores, puede acometer aquella empresa y salvar la Hacienda de inminente bancarota.»

Comentario de *La España*:

«Conque sin compromisos; ¿pues y aquellos señores que obligaron á D. Nicolás Estévez á poner en la puerta de su despacho siendo gobernador de Madrid? «El gobernador ni tiene dinero, ni paciencia ni nada.»

Ya estuvieron en el poder los amigos de *La Nueva Prensa*; ya los conoció el país, y más vale que no los hubiera conocido.»

El Cronista, adelantándose á las noticias de sensación que hacen circular los desocupados, dice lo siguiente:

«Algunos aficionados á sansaciones han hecho correr esta tarde rumores de crisis, despues del Consejo de Ministros. Inútil es decir que la noticia no tenía fundamento.

Ciertos nombramientos, así como la resolución de varias cuestiones importantes, no se llevarán á cabo hasta el regreso del presidente del Consejo.

Los constitucionales que veranean por las provincias del Norte se muestran entusiasmados con la idea de la formación de la *izquierda dinástica*, base para la fusión de los elementos más ó menos avanzados. Tal es el efecto que ha producido en uno de los colaboradores de *Los Debates* la lectura de los artículos de este periódico referentes al indicado asunto, segun dice en carta fechada en Arcachon, y dada la manera como ha sido recibida esa idea, bien distinta por cierto de lo que se había dado á entender, no falta motivo para ello.

Júzguese por estos párrafos de la indicada carta:

«¿Quién diablo ha dicho ahí que el Sr. Sagasta ni nadie reprobaba la actitud de *Los Debates*? Nuestro querido amigo y otros han leído estos artículos, y nada de esos chismes madrileños es exacto. Lo que miraron con un poco de desden fueron ciertos trapicheos de los moderados históricos. Inspiráudome en este deber, escribí mi carta de Santa Agueda. Quizás la desaprobación de aquellos inocentes maquiavelismos haya sido causa de los furros de *El Parlamento*.

Por de pronto, hemos cumplido con nuestro deber y.

¡ad posteri l'ardua sententia! como decía Manzoni.

Respecto á ciertas políticas, vienen á pelo un cuento que oí á un elevadísimo personaje, en una visita que hice hace días en Biarritz.

Cuñan que el alma de un difunto terrestre se presentó en la puerta del cielo, y llamó con temor:

